

ENACCIÓN Y CLÍNICA SISTÉMICA¹

Claudio Zamorano Díaz

I. Introducción

Los desarrollos conceptuales de Francisco Varela en conjunto con Humberto Maturana expresados en lo que llamaron Biología del Conocer constituyeron un marco de referencia o escenario de inspiración para muchos teóricos y clínicos dentro del ámbito psicoterapéutico sistémico. Así, figuras como Keeney (1991), Elkäim (1994, 2000), Goolishian y Winderman (1989), Kenny (1989, 1992, 20007), Méndez y Coddou (1988), Linares (2002), Boscolo y Bertrando (2000), Zlachevski (2003), Cecchin (1987), Sluzki (2007), por nombrar algunos, han tematizado respecto de aspectos del trabajo clínico sistémico o bien edificado modelos de abordaje trayendo a la mano distintos planteamientos de su notable obra.

Paradójicamente –en un sentido de vicisitud y no de antinomia–, aunque tanto Varela como Maturana no se consideraron a sí mismos como Constructivistas, sus aportes fueron piedras angulares para el nacimiento, crecimiento y asentamiento de los modelos sistémicos llamados de segundo orden, también conocidos como sistémicos constructivistas.²

Todos estos desarrollos teórico-clínicos le han permitido al terapeuta sistémico fundamentar la noción de la persona-siendo-en-la-relación de un modo consistente, especialmente por los fundamentos biológicos que constituyen la base sobre la cual configuraron los argumentos del fenómeno del conocer.

No obstante, la aventura conceptual para Francisco Varela no concluyó ahí. Dada su insatisfacción con el concepto de perturbación y la dinámica expuesta del acoplamiento estructural tal como quedó planteada en el libro “De Máquina y Seres Vivos” (1973) co escrito con Maturana, concretiza dicha incomodidad en un cuerpo teórico enmarcado en lo que llamó la Enacción.

¹ Propuesta de Calificación Doctoral, Programa de Doctorado en Psicología Universidad de Chile.

² Para sintetizar los principales tópicos de su programa de investigación que tuvieron repercusiones fundamentales en la teoría y la praxis clínica sistémica, se podrían mencionar los siguientes aspectos:

1. Objetividad en paréntesis, especialmente en lo referido a no imponer criterios psicopatológicos desde un rol de experto (en Méndez, Coddou y Maturana (1988) y Méndez y Maturana (1986))
2. Organización y Estructura, en comprender distintos tipos de intervenciones y los dominios de existencia (en Kenny (1989), (1992), Méndez, Coddou y Maturana (1988) y Zlachevski (2003))
3. Explicaciones y fenómenos, para comprender la generación de realidades desde un observador (en Cecchin (1987), Kenny (1989) (2007), Keeney (1991), Elkäim (1994))
4. Lenguaje y Emociones, para comprender los sistemas sociales y la constitución del conversar terapéutico (en Boscolo y Bertrando (2000), Goolishian y Winderman (1989), Elkäim (2000), Sluzki (2007), Linares (2002))

Este punto de división Varela (2000) lo plantea así:

“Una de las críticas que debe hacerse a esta obra es que la crítica de la representación como guía del fenómeno cognitivo es reemplazada por una alternativa débil: lo externo como mera perturbación de la actividad generada por el cierre operacional, que el organismo interpreta ya sea a nivel celular, inmunitario o neuronal...es una formulación débil porque no propone una alternativa constructiva al dejar la interacción en la bruma de una mera perturbación...a menudo se ha hecho la crítica que la autopoiesis lleva a una posición solipsista...yo pienso que ésta es una crítica que tiene un cierto mérito” (pp. 447)

Asumir esta crítica llevará a Varela a re-mirar y re-definir la dinámica dialéctica que constituye la circunstancia de encuentro entre un sistema autónomo y su entorno, profundizando su análisis en dos dimensiones de esta co-definición:

- Por un lado, plantea que una lectura solipsista de la fenomenología autopoietica deriva de la desafortunada noción de perturbación en el acoplamiento estructural, ya que para él ésta expresión no toma en cuenta las regularidades emergentes de una historia de interacción. En este sentido, plantea que el dominio cognitivo no se constituye ni internamente ni externamente. Varela, Thompson y Rosch (1993) lo plantean así:

“Si estamos obligados a admitir que la cognición no se puede entender sin sentido común, y que el sentido común no es otra cosa que nuestra historia corporal y social, la conclusión inevitable es que el conocedor y lo conocido, la mente y el mundo, se relacionan mediante una especificación mutua o un co-origen dependiente” (pp. 178)

- Por otro, destaca que lo central de estas ideas es relevar la capacidad interpretativa del ser vivo que concibe al hombre no como agente que descubre el mundo, sino que lo constituye. En este sentido, avanza de lo postulado en el libro “El árbol del conocimiento” (1984) respecto de la noción de individualidad, haciendo emerger una concepción de subjetividad que no estaba inscrita con tal agudeza en la Biología del Conocer. Expuesto por Weber y Varela (2002):

“la vida y la cognición son activamente realizadas por un agente, un ser autónomo que no experimenta un encuentro pasivo con el mundo, sino que crea un mundo de significado desde dentro.” (pp. 115)

Esta noción instala un punto de tensión respecto del principio de determinismo estructural planteado inicialmente ya que da un salto más allá, constituyendo al sistema autónomo (léase unidad autopoietica, sistemas multicelulares, ser-humano) como un sistema puesto en escena activamente, relevando del entorno lo significativo desde sí, configurando un mundo como efecto de su dinámica de auto-realización.¹

¹ Varela desarrolla esta hipótesis enactiva fundamentándola en diversas áreas de investigación científica, tales como la comprensión del sistema nervioso a través de las sincronías neuronales (29, 30, 31, 32, 33, 34, 35), proponer una mirada del sistema inmune como sistema cerrado (36, 37, 38, 39, 40, 41, 42) y su ulterior trabajo en *ensembles* neuronales, a propósito de su investigación en electroencefalografía (42, 43, 44, 45)

Dicho por Raudaulf et al. (2003):

“La animalidad “inventa” o configura un modo de ser, un yendo hacia, una propuesta...se configura una forma de ser en el mundo, una manera de estar acoplado.....un ser ahí” (pp. 42)

Así, Varela et al. (1993) genera una nueva alternativa conceptual para entender la dinámica de acoplamiento estructural y de creación de mundo desde el sistema implicado: “haciendo de la reciprocidad histórica la clave de una co-definición entre un sistema autónomo y su entorno. Es lo que propongo llamar el punto de vista de la enacción” (pp. 174)

Considerando este planteamiento, se podría precisar el concepto de enacción como una manera de enfatizar la convicción de que la cognición no es la representación de un mundo pre-dado por una mente pre-dada sino más bien la puesta en obra de un mundo y una mente a partir de una historia de realización de ese ser en el mundo. Esa puesta en escena implica un sentido de interpretación creado por la perspectiva del sistema, sentido de interpretación que está arraigado en la estructura de nuestra corporización biológica pero que al mismo tiempo se experimenta siempre situado en un trasfondo, dentro de un dominio de acción consensual y de historia cultural, que constituyen las texturas y matices de las regularidades sistémicas desde las cuales ese ser enactúa un mundo.

Estos planteamientos de Francisco Varela configuran un cuerpo teórico que no está contenido en lo desarrollado previamente con Humberto Maturana, y cuyas implicancias y consecuencias para la comprensión y práctica de la clínica sistémica aún están en ciernes. En este sentido, esta propuesta busca contribuir en relevar algunos de los planteamientos de la Teoría de la Enacción en búsqueda de articular una comprensión teórico-clínica sistémica consistente con dichas nociones.

II. Algunos tópicos susceptibles de ser integrados entre la teoría de la Enacción y la Clínica Sistémica

- i. Desarrollar una noción de *sujeto y subjetividad* que sea coherente con el paradigma sistémico.

Planteamiento del problema desde el enfoque sistémico

El desarrollo inicial de las ideas sistémico-cibernéticas, en especial el entendimiento de que los comportamientos de los individuos sólo pueden ser comprendidos en el sistema en el cual éstos forman parte, llevó a los terapeutas influenciados por estas ideas a trabajar fundamentalmente con familias y parejas; ésta decisión tal vez es movilizadora por el deseo de los clínicos precursores de desmarcarse claramente del trabajo psicoanalítico de la época; no obstante, también es posible que hubiese operado allí un error fundacional: fusionar el paradigma sistémico con la terapia familiar. Se desarrollan así modelos terapéuticos que centran su atención en los circuitos mantenedores de síntomas¹. Sin

¹ Ver Watzlawick, P., Weakland, J. y Fisch, R. (1976)

embargo, en dicha opción el trabajo terapéutico con individuos queda oculto, tal como lo señalan Boscolo y Bertrando (2000):

“...los terapeutas de familia se han ocupado durante muchos años del contexto relacional más significativo del individuo –la familia-, persuadidos de que para cambiar a una persona bastaba con cambiar las relaciones familiares. Los procesos internos del individuo se descuidaban, (...) ya que los problemas presentados por los clientes se atribuían a causas externas (relacionales) y no a causas internas” (pág.27)

De esa manera, la perspectiva del abordaje terapéutico individual consistía en aplicar las mismas técnicas que se utilizaban en el trabajo familiar, dado que “su objetivo era siempre el mismo –eliminar las pautas relacionales conectadas con el problema presentado-, y evitaban cuidadosamente ocuparse de la persona, con su historia, sus fantasías, sus emociones y sus premisas” (Boscolo y Bertrando, 2000, pág. 35). Se configuraba así una manera de ubicarse como terapeuta con pacientes individuales cuyas dificultades y estética nunca se revelaron ni sistematizaron con suficiente detalle y claridad. Tal vez por este vacío conceptual, es interesante la publicación de Weber y Simón (1989), dedicada a la terapia sistémica individual desde un enfoque interaccional.

A comienzos de los años 80, los planteamientos de Heinz von Foerster, Humberto Maturana, Francisco Varela y Ernst von Glasersfeld interpelan a los terapeutas sistémicos de un modo que redirecciona la perspectiva: lo real como proposición explicativa de la experiencia humana y la autorreferencia desplazaron la atención de los sistemas observados a los sistemas observantes, fundando así la visión constructivista-sistémica. Se hace ineludible en esta nueva mirada epistemológica el preguntarse por quién hace las distinciones, el observador. Después de 30 años de historia de terapia familiar –y de enfoque sistémico- es posible volver a preguntarse por el individuo, y no sólo como un elemento articulado conductualmente a otros.

Comienza así un período de reinención, apareciendo distinciones como narrativas, co-construcción, premisas, que permiten pensar lo terapéutico desde otro lugar¹, haciendo emerger al individuo con mayor relevancia que en los inicios de la mirada sistémica.

Sin embargo, este cambio de perspectiva ha implicado una dificultad mayor para el pensamiento sistémico: la exigua teorización para el funcionamiento *desde el individuo*, o dicho de otro modo, qué noción de sujeto puede ser desarrollada de manera que sea compatible con los postulados sistémicos. Esta dificultad es particularmente incómoda en la psicoterapia individual; en esta línea argumentativa, algunos clínicos sistémicos ya han planteado el déficit de los modelos relacionales para comprender al sujeto. Al respecto, Bertrando (2007) señala:

“Dicho por muchos, hoy en día, la teoría sistémica está en crisis. El terapeuta sistémico se siente así limitado, incómodo, en especial cuando debe hacer algo distinto que ordenar las relaciones. Por ejemplo, cuando trabaja con individuos. (...) Porque un modelo preferentemente formal funciona muy bien cuando se trata de ver familias, de trabajar sobre las relaciones visibles a la hora del encuentro terapéutico, menos cuando se debe entrar en el mundo interno y en la intimidad (algunas veces insidiosa) de un encuentro de a

¹ Para una visualización del proceso de cambio epistemológico en la perspectiva sistémica, ver Elkaim (1996)

dos. El sumergirse en la teoría sistémica ahora lleva a arriesgarse a dirigirla hacia una terapia vacía, en que inexorablemente falta algo.” (pág.1)

Asimismo, Linares (2002), plantea:

“Antes que nada, la integración del individuo en el modelo sistémico es un tema no resuelto, que seguirá pendiente en tanto no se ponga a punto una teoría relacional del self. Desde luego un self relacional no puede ser entendido como una instancia maciza e inamovible dotada de cualidades per se, sino como un reflejo individual de un entorno sistémico que no cesa de producir historias concatenadas desde el nacimiento hasta la muerte.” (pág. 6)

En este mismo sentido, Stierlin (1997) al toparse con la necesidad de tratar con una idea de self sistémico, desarrolla la noción de un “yo-mismo”, interesado en volver a resaltar la individualidad perdida en la cibernética de primer orden. Al respecto, plantea que:

“Se debe poder esperar que la práctica psicoterapéutica abra perspectivas tanto de las posibilidades como de las dificultades que resultan del empleo del constructo “yo-mismo”, y que aclarezca al mismo tiempo por qué las ópticas centradas en el individuo y el sistema, en el yo-mismo y el contexto no se excluyen mutuamente, sino que se condicionan y completan las unas a las otras.” (pág.72)

Una pregunta central, por lo tanto, para los modelos sistémicos de segundo orden¹ es si es posible considerar la construcción de mundo de un observador como un *desde sí* suficiente que permita constituirlo como un sujeto. Y si ese fuese el caso, ¿es posible conciliar lo subjetivo con lo sistémico?

En términos académicos, en la última década han aparecido en distintos institutos y universidades², cursos y programas de entrenamiento clínico específicos en terapia sistémica individual; no obstante, esta apertura formativa no ha ido de la mano de suficientes publicaciones e investigaciones que develen qué concepción de individuo o de sujeto está siendo enseñada; en otras palabras, esta carencia de sistematización conceptual implica un vacío en términos de teoría clínica respecto de la subjetividad en los modelos sistémicos. En este escenario, cabe destacar el trabajo de Boscolo y Bertrando (2000), los artículos desarrollados en las revistas *Connessioni* (2008) y *Terapia Familiare* (1985), así como los planteamientos de Andolfi (2001). En Chile, Coddou (1987) hizo un aporte en este sentido, pero dada la restringida circulación de su artículo, sus planteamientos no fueron suficientemente difundidos.

¹ Para los modelos sistémicos de primer orden la pregunta por el sujeto era irrelevante, aún cuando se pudiese inferir el modo que éste quedaba constituido a partir de los supuestos que articulaban sus modelos.

² Institutos como el ITF de Santiago de Chile, el ILEF en México, la ESIL en Perú, el ITAD en España, el EIST en Milán, el CMTF en Milán, la Universidad del Aconcagua en Argentina, el Magister en Psicología Adultos de la Universidad de Chile, contienen en sus programas de formación secciones específicas en terapia individual sistémica

Elementos conceptuales de la teoría de la Enacción que pueden ser utilizados para una teoría clínica de un sujeto sistémico

La teorización de Francisco Varela apunta al centro de este handicap sistémico, lo cual ya lo mencionaba en su artículo “Las múltiples figuras de la circularidad” (1998), señalando respecto del mandato de Von Foerster de incluir el observador en lo observado:

“...no es más que un mandato. No nos proporciona el “cómo”. Es una consigna, pero sin explicaciones sobre la manera de cumplirla. En este sentido, tal forma imperativa de la cibernética de segundo orden es incompleta (..) No es posible contentarse con decir: “incluya al observador”, hay que indicar precisamente la manera en que este observador puede emerger (pág. 129)

Los fundamentos conceptuales de la Teoría de la Enacción permiten enfrentar ese dilema. Francisco Varela plantea que el organismo en la acción de afirmarse a sí mismo como sistema autónomo genera un excedente de significado respecto del entorno, relevando lo que es crucial para sí en esta dinámica autoreferencial.

En este sentido, un aspecto central de la teoría de la Enacción es apuntar a la constitución de una subjetividad activamente generada por un agente cognitivo. Al relevar la autonomía y la historia como nudos centrales de su comprensión, esta teorización permite hacer emerger un sujeto que produce y encarna un mundo con sentido, pero al mismo tiempo, considerarlo siempre situado en un trasfondo de regularidades contextuales.

Dicho de otro modo, al poner la autonomía en el centro de la dinámica que constituye al organismo, éste genera una subjetividad activamente desplegada en relación a un trasfondo de regularidades sistémicas. Más aún, esta dimensión interpretativa -subjetiva- del individuo se “encuentra arraigada en la estructura de nuestra corporización biológica, pero se vive y se experimenta dentro de un dominio de acción consensual e historia cultural. Ella nos permite dar sentido a nuestro mundo” (Varela et al. 1993, pp 177)

En esta línea argumentativa, Weber y Varela (2002) plantean que en tanto se acepta que hay una individualidad que se encuentra a sí misma producida por sí misma, ésta es ipso facto un lugar de sensación y agencia, un impulso vivo ya siempre en relación con su mundo. Considerando esta afirmación, es posible plantear que una vez establecida esta individualidad, emergen –como efecto- distintos aspectos de interés o preocupación para esa individualidad en la acción de afirmar su existencia. En este sentido, la dinámica resultante en su operatividad en el medio en el cual se halla, es que el organismo –individuo- genera su propio mundo de sentido. “produciendo una diferencia entre el ambiente (el impacto físico que recibe) y el mundo (cómo ese ambiente es evaluado desde el punto de vista establecido al mantener una identidad).” (pág.117)

Estas referencias conceptuales pueden fundamentar una teorización clínica que permita constituir una noción de sujeto y subjetividad coherente con un enfoque sistémico cibernético de segundo orden.

- ii. Desarrollar una teoría clínica respecto del origen del mal-estar.

Planteamiento del problema desde el enfoque sistémico

A lo largo de sus 40 años de historia, los modelos de psicoterapia sistémicos se han diferenciado en función de distintas hipótesis que generan diferentes perspectivas respecto del origen del sufrir que lleva a un individuo o sistema familiar a pedir ayuda terapéutica. En términos generales, éstos pueden agruparse del siguiente modo:

- a) Modelos interaccionales; estos modelos comparten una visión sistémica (circular) de la mantención del problema y una orientación al cambio planificado, interesándose en la resolución de problemas y no en los procesos intrapsíquicos de los miembros de la familia. El centro de atención de estos modelos es la manera en que los síntomas o conflictos son mantenidos por el sistema, lo que muestra un énfasis en el entendimiento cibernético.
- b) Modelos estructurales-estratégicos; para estos modelos los correlatos de las reglas interaccionales pueden ser descritas y mapeadas en términos de variables estructurales específicas como límites, jerarquía y poder. Los terapeutas guiados por los modelos estructurales y estratégicos exploran y mapean los indicadores de límites e infieren las reglas que los gobiernan, colocando especial énfasis en determinar quiénes tienen mayor influencia sobre otros.
- c) Modelos centrados en visiones de mundo y construcción de identidad narrativa; estos modelos tienen sus bases epistemológicas y paradigmáticas tanto en el constructivismo como en el construccionismo social. El énfasis está puesto en las maneras de narrar la experiencia, lo que genera un mundo de significado, lo cual es dispuesto en un sentido contextual.

En relación a estos modelos, la psicoterapia está mediada por el desarrollo de una epistemología, de un marco conceptual respecto de las cuestiones del conocer, la verdad y la realidad. En este sentido, siguiendo los aportes de von Foerster, Maturana y Varela y von Glasersfeld, los modelos sistémicos-constructivistas que se desarrollan si bien comparten dicha lectura epistémica, también difieren dadas sus singularidades conceptuales. Es en este campo, que los planteamientos de Francisco Varela, más allá de lo trabajado con Maturana, no han sido utilizados para generar una teoría clínica sistémica que pueda derivar en un modelo y una práctica psicoterapéutica.

En este sentido, un aspecto central a desarrollar siguiendo la Teoría de la Enacción es una hipotetización posible que dé cuenta del origen del mal-estar que moviliza al sujeto o al sistema familiar a pedir ayuda terapéutica.

Elementos conceptuales de la teoría de la Enacción que pueden ser utilizados para una teoría clínica del origen del mal-estar

Varela plantea al menos tres conceptualizaciones que podrían favorecer una articulación clínica en este sentido: la noción de *un mundo viable*, la dinámica generativa de los micromundos-rupturas y el concepto de yo des-unificado

En este sentido, haciendo una re lectura de la hipótesis de la deriva natural, Varela et al (1991) consideran que:

El punto clave es que la especie hace emerger y especifica su propio dominio de problemas, que “resolverá” mediante la “satisfacción”; este dominio no existe “ahí fuera” en un ámbito que actúa como pista de aterrizaje para organismos que caen como paracaidistas en el mundo. En cambio, los seres vivos y sus medios se relacionan mutuamente a través de la *especificación mutua o codeterminación*. (pp. 231)

Es el énfasis en esta codeterminación donde el pensamiento de Varela se muestra especialmente sistémico, planteando que el individuo y el medio ambiente se encuentran mutuamente plegados de maneras múltiples,

...y así, lo que constituye el mundo del organismo dado emerge –es enactuado- por la historia de acoplamiento estructural de ese organismo. Más aún, dichas historias de acoplamiento no se desarrollan mediante la adaptación óptima, sino mediante la evolución como deriva natural (pp. 235)

Consecuencia de este planteamiento, se podría plantear la necesidad de alejarse de la idea de conductas más óptimas en sí mismas, sin considerar la historia de acoplamiento en la cual esa conducta se articula y tiene sentido. En este aspecto, plantea que

La cognición en su sentido más abarcador consiste en la enactuación de un mundo –en hacer emerger un mundo- mediante una historia viable de acoplamiento estructural. Nótese que estas historias de acoplamiento no son óptimas sino simplemente viables (pp. 238)

Esta conceptualización puede constituir una plataforma de análisis para teorizar respecto de lo que en cada historia de acoplamiento resulta viable para cada sujeto, y desde allí comprender una caída en el sentido que da origen a una solicitud de ayuda.

Por otro lado, otra conceptualización que puede resultar relevante para una teoría clínica sistémica respecto del mal-estar, puede ser la circulación entre las nociones de micro mundos, micro identidades y Yo des-unificado o virtual. En este sentido, Varela (1996) plantea que siempre operamos en la inmediatez de una situación dada; de esta manera, nuestro mundo vivido opera desde un know how –o sentido común- fundamentalmente sin deliberación. Este modo de estar ahí, en cada situación contextual, es producto de una historia de acoplamiento que se encarna en el individuo y que se actualiza a través de distintas disposiciones a la acción, propias de cada situación específica que vivimos. A estas disposiciones a la acción las denomina micro-mundos, los cuales -al constituirse históricamente- componen nuestras identidades.

El paso de una disposición a otra la denomina rupturas, como tránsito de un estar a otro:

En cada uno de estos momentos de ruptura, el modo en que volverá a constituirse el agente cognitivo no es materia de decisión externa ni tampoco de planificación previa. Se trata de la emergencia del sentido común, de la configuración autónoma de una postura adecuada que ha sido establecida por la historia de vida del agente en su participación activa. Una vez que ha sido seleccionada una postura conductual o que se produce un micro mundo, podemos analizar con mayor claridad su forma de operación y su estrategia óptima. De hecho, la clave de la autonomía es que un sistema viviente transcurre hasta el momento siguiente mediante una acción efectiva que surge de sus propios recursos. Y estos quiebres, bisagras que articulan los micro mundos, están a la base del carácter autónomo y creativo de la cognición en los seres vivientes. Es necesario entonces examinar a microescala este sentido común, ya que lo concreto se actualiza durante los quiebres. (Varela, 1996, pp. 18)

En este contexto, una pregunta central para Varela es ¿cómo decide el animal la actividad motriz que debe emprender en una situación dada? En esta perspectiva, dado que el mundo que conocemos no está pre establecido sino que es un mundo enactuado a través de nuestra historia de acoplamiento estructural, la comprensión respecto de la manera en que cada animal –también podemos decir individuo- decide qué hacer entre rupturas está enraizada en el número de micro mundos alternativos que son activados en cada situación. Estas alternativas constituyen a la vez la fuente del sentido común y de la creatividad en la cognición:

En otras palabras, la ciencia cognitiva comienza a reconocer que el simple hecho de estar ahí, en la acción inmediata, está muy lejos de ser "simple" o cuestión de "reflejos". De hecho, constituye el trabajo realmente "difícil", ya que el desarrollo evolutivo de estas habilidades básicas tomó mucho tiempo; el análisis intencional y racional durante los quiebres sólo se desarrolló en épocas recientes y muy rápidamente en medidas evolutivas. La acción inmediata contrasta con la deliberación y el análisis, pero no es mi intención negar enteramente el papel y la importancia de estos últimos. Se trata de verlos en sus papeles específicos y en su relevancia relativa. En otras palabras, es cuando ocurre el quiebre, cuando ya no somos expertos en nuestro micromundo, que deliberamos y analizamos. Es decir, nos convertimos en principiantes que buscan sentirse a gusto con la tarea que tienen a mano. (op. cit. pp. 25)

Esta dinámica entre micro mundos (estados emergentes) y rupturas (quiebres) puede constituir un marco explicativo consistente para la teorización respecto del mal-estar emocional, y las condiciones ontológicas de la consulta psicoterapéutica. Dentro del marco sistémico, muchos modelos han mantenido las preguntas guías ¿desde cuándo? y ¿por qué ahora? en una primera sesión de terapia. Esta conceptualización puede proveer de una re-lectura de estas interrogantes características de varios modelos relacionales, otorgando una comprensión complementaria a las respuestas de los intentos de solución fallidos¹ o a entrar en dominios de conversaciones contradictorios²

En este mismo aspecto, Varela (1996) propone considerar al Yo como “virtual”, en el sentido de no considerarlo como un centro de control de operaciones sino como un

“esquema global coherente que emerge a través de componentes locales sencillos, que pareciera tener una ubicación central ahí donde no existe ninguna, y que sin embargo es esencial como nivel de interacción para la conducta de toda la unidad”. (pp. 63)

¹ Ver “Cambio” de Watzlawick et al. (1976)

² Ver “La constitución de lo patológico” de Maturana et al. (1988)

Esta definición como consecuencia de la encarnación de los micromundos constituídos en una historia de acoplamiento, debe considerar la narrativa interpretativa de ese individuo en particular -coherente a los micromundos desde los cuales emergen sus descripciones- y las configuraciones relaciones que sirven de contexto y pretexto para su dimensión interpretativa.

Contemplando esta conceptualización, una perspectiva clínica sistémica debiera considerar una práctica no sólo orientada a la pragmática del cambio, sino a lo infundado-en-sí-mismo de la construcción del valor, la intención, del sí mismo, en definitiva, de lo mental.

En este sentido, Varela (1996) rescata la práctica terapéutica proveniente del psicoanálisis lacaniano, al considerar que ésta toma en serio esta noción virtual del yo. Por lo fundamental de esta analogía, lo planteo in extenso:

El psicoanálisis se presta especialmente para mis fines porque es la única tradición europea cuya preocupación central es una pragmática de la transformación humana. En la versión lacaniana, esto significa proporcionar un espacio para que la persona (el parle être, en palabras de Lacan) se encuentre a sí misma. El planteamiento de Lacan se acerca mucho al nuestro: lo ético implica poner en duda el status del sujeto conocedor, y éste es el espacio que la situación analítica le proporciona a la persona. Como bien sabemos, la cura, para Lacan, no consiste en un tratamiento médico, sino más bien en crear una suerte de suspensión para la locura del deseo, lo que equivale a decir una suspensión de la forma adquirida de emergencia del yo virtual. Esta postura en sí misma es ética: es la ética del savoir faire con el inconsciente.

Esta pragmática ética intenta comprender que ningún principio moral es realizable en sí mismo, ya que el proceso analítico va dejando progresivamente en claro que estamos condenados a no estar nunca satisfechos con un conjunto de esperanzas y de expectativas, sin importar cuán racionales puedan parecer. No puede haber un orden social o un orden moral que sea objetivamente deseable. En la raíz de esto está el descubrimiento psicoanalítico fundamental de que, en contradicción con las teorías que plantean un yo central unificado, la teoría freudiana del sujeto es una teoría que lo hace estallar en pedazos, tanto al interior de nosotros mismos como entre nosotros... la propuesta es que emprendamos un camino de aprendizaje para llegar a vernos a nosotros mismos y al otro como inevitablemente transitorios y des unificados. La exigencia para este vínculo ético se manifiesta entonces en la única forma de amor verdadero posible en el mundo psicoanalítico, la transferencia. En vez de crear un vínculo entre la ilusión de un centro ideal o principio moral, este amor transferencial está siempre tratando de revelar al sujeto que todos los rasgos que considera ideales, en sí mismo o en los demás, no son más que la tentación del deseo fundamental que busca suturar aquello que es para siempre fragmentario y virtual. (pp. 68-69)

Una clínica sistémica que asuma los planteamientos de un yo des-unificado, que releve el sentido común que emerge en cada situación en que el sujeto aparece, pero que al mismo tiempo lo ancle a las circunstancias de acoplamiento – esto es, las texturas y matices de los contextos- en las cuales esos micromundos son enactuados, es una tarea a lograr; dicho desafío puede permitir disponer de una plataforma teórica que permita la hipotetización respecto del origen del sufrir en ese sujeto en singular que acude a psicoterapia. Es probable que en un paso posterior, sea posible encontrar puentes metateóricos entre una perspectiva sistémica así planteada con el psicoanálisis expuesto en la lectura de Varela.

- iii. Desarrollar una teoría clínica respecto de distintas posiciones para generar hipotetizaciones terapéuticas

Planteamiento del problema desde el enfoque sistémico

Tal como ha sido expuesto en la sección anterior, los distintos modelos sistémicos desarrollan distintas maneras de entender el origen de los problemas psicológicos dependiendo si focalizan su unidad de análisis en las interacciones entre los individuos, cómo se estructura el sistema del cual son parte, cómo se tramita el poder en ellos o bien cómo se genera una narrativa identitaria.

Como efecto, la actitud terapéutica en cada uno de ellos implica una manera específica de hipotetizar respecto de lo que escucha, lo que tiene consecuencias en lo que pregunta o interviene. Dentro del marco sistémico constructivista han sido los terapeutas del modelo de Milán quienes más han investigado y conceptualizado al respecto, iniciando con su popular artículo *Hypothesizing-Circularity-Neutrality: Three guidelines for the conductor of the sesión*, de la autoría de Selvini Palazzoli, M. et al. (1980) Asimismo, la Terapia Narrativa de Michael White genera un novedoso aporte al desarrollar la comprensión de los relatos-saturados-por-el problema como hipotetización guía para su práctica terapéutica.

En una postura más radical, los modelos sistémicos de inspiración construccionista social, llegan a plantear la necesidad de trabajar sin hipótesis como una manera de ser coherentes con sus postulados básicos. Anderson y Goolishian y Anderson son los principales exponentes de esta posición.

Así expuesto, aunque tanto los modelos sistémicos de influencia constructivista como los de inspiración construccionista social comparten supuestos epistemológicos, por lo cual han sido nombrados como modelos sistémicos posmodernos, por otro lado pueden llegar a diferir sustancialmente respecto del lugar y relevancia de la hipotetización clínica.

En este sentido, los planteamientos de Francisco Varela pueden proveer de fundamentos conceptuales para proponer una actitud terapéutica respecto de la hipotetización clínica que genere novedad dentro de los modelos sistémicos constructivistas, al mismo tiempo que facilite la discusión con las posturas más extremas que llaman a abandonar las hipótesis en el trabajo terapéutico.

Elementos conceptuales de la teoría de la Enacción que pueden ser utilizados para una teoría clínica respecto de la hipotetización terapéutica

Una propuesta central en la teorización de Varela (2000) es el planteamiento respecto de lo implicado con el concepto de *cognitivo*. En este sentido, señala que

“Por lo tanto, el término cognitivo tiene dos dimensiones constitutivas: primero su dimensión de *enlace*, esto quiere decir, la conexión con su medio ambiente que le posibilita mantener su individualidad...el vínculo con su entorno que permite su continuidad como entidad individual; segundo –admito que forzando un tanto el lenguaje- su dimensión *imaginaria* o interpretativa –, esto quiere decir, el excedente de significado que una interacción física adquiere debido a la perspectiva proporcionada por la acción global del organismo...el sistema presta significación a su circunstancia creando un mundo significativo a través de su cierre operacional, un mundo que el medio ambiente no tiene en sí mismo (pp. 89)

En esta dialéctica planteada, lo relativo a la dimensión de enlace sería posible referirlo al dominio de relaciones del individuo, la dinámica de los contextos donde el sujeto se articula en relación a otros; en cambio, la dimensión interpretativa refiere al modo en que ese sujeto valora de un modo u otro- agrado, desagrado, ignorar- y actúa de acuerdo a ello - atracción, rechazo, neutralidad-. Este planteamiento puede permitir generar una teorización clínica respecto de la escucha terapéutica situando ambos dominios como dimensiones disponibles para la hipotetización clínica.

En este sentido, esta dialéctica del individuo puede contribuir a la clínica sistémica a enriquecer la comprensión y generación de hipótesis, ya que permite mantener la coherencia de las hipótesis contextuales, al mismo tiempo que provee de un camino para hipotetizar respecto de la generación de un mundo subjetivo.

De esta manera, una articulación posible podría consistir en hacer convivir las dinámicas sistémicas sobre las cuales el individuo está empotrado –lo cual permite mantener la lectura de los procesos relacionales-, con la constitución de un sujeto que, en su co-habitar lingüístico, produce una dimensión interpretativa –lo cual permite comprender la narrativa que otorga un sentido-.

Como efecto, una circulación conceptual entre la Enacción y la Clínica Sistémica podría permitir desarrollar una actitud terapéutica respecto de la hipotetización que amplíe la perspectiva; dicho de otro modo, ni sólo dinámicas sistémicas que permitan ubicar al individuo siendo-en-la-relación, ni sólo un individuo que produce un mundo imaginario o cognitivo con coherencias internas. La teorización de Varela puede permitir plantear una vía intermedia entre lo contextual y lo intrapsíquico.

III. Referencias Bibliográficas

1. Andolfi, M. (2001) Terapia con el individuo y terapia con la familia. *Sistemas Familiares* 17 (1) 29-42
2. Bertrando, P. (2007) La caja vacía. Usos de la teoría sistémica, traducción de Miguel Campillay y Marcelo Bustos, en prensa
3. Boscolo, L. y Bertrando, P. (2000) *Terapia Sistémica Individual*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
4. Cecchin, G. (1987) Hypothesizing, Circularity, and Neutrality Revisited: An Invitation to Curiosity, *Family Process*, Vol. 26, pp. 405-413.
5. Coddou, F. (1987) *Terapia Individual Sistémica*, Publicación Instituto de Terapia Familiar de Santiago
6. Elkaïm, M.(comp.) (1994) *La Terapia Familiar en Transformación*, Barcelona: Ediciones Paidós.
7. Elkaïm, M. (1996), *Ecología de las ideas: Constructivismo, construccionismo social y narraciones ¿En los límites de la sistémica?*, en *Perspectivas Sistémicas*, n° 42- Julio- Agosto
8. Elkaïm, M. (2000) *Si me amas no me ames*, Barcelona: Editorial Gedisa.
9. Goolishian, H. y Winderman, L., (1989) *Constructivismo, autopoiesis y sistemas determinados por problemas*, en *Sistemas Familiares*, Año 5, N° 3.
10. Keeney, B. (1991) *La Estética del Cambio*, Barcelona: Editorial. Paidós.
11. Kenny, V. (2007) Distinguishing Ernst von Glasersfeld's "Radical Constructivism" from Humberto Maturana's "Radical Realism", *Constructivist Foundations* , vol. 2, nos. 2-3, pp. 58-64.
12. Kenny, V. (1989) *Life, the multiverse and everything: An introduction to the ideas of Humberto Maturana, 'Self-Organisation in Psychotherapy'*, [ed.] A.L. Goudsmit, Springer-Verlag: Heidelberg.
13. Kenny, V. (1992) *On the subject of autopoiesis and it's boundaries: does the subject matter?* *International Journal of General Systems*, Vol. 21, No. 2
14. Linares, J. L. (2002) *¿Acaba la historia en el post-modernismo? Hacia una terapia familiar ultramoderna*, en *Perspectivas Sistémicas* n° 71
15. Maturana, H. y Varela F. (1973), *De máquinas y seres vivos*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria
16. Maturana, H. y Varela F. (1984), *El árbol del conocimiento*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria
17. Mendez, C. Coddou, F. y Maturana, H. (1988) *The bringing forth of pathology*, *The Irish Journal of Psychology*, 9 (1), 144-172.
18. Méndez, C. y Maturana, H. (1986), *La enfermedad crónica como trastorno epistemológico*, *Revista Chilena de Psicología*, vol. VIII (2): 3-4
19. *Revista Connessioni*, n° 20 (Marzo 2008): *Paziente Sistema Persona. La terapia con l'individuo*
20. *Revista Terapia Familiare*, Vol. 19 (Noviembre 1985) *Numero speciale su Famiglia Individuo*
21. *Revista Terapia Familiare*, Vol. 31, (Noviembre 1989) *Numero speciale su Famiglia Individuo*

22. Rudrauf, D., Lutz, A., Cosmelli, D., Lachaux, J-P y Le van quyen, M. (2003) From autopoiesis to neurophenomenology: Francisco Varela's exploration of the biophysics of being, *Biol Res* 36: 27-65
23. Stierlin, H. (1997) *El individuo en el sistema. Psicoterapia en una sociedad cambiante*, Barcelona: Editorial Herder
24. Sluzki, C. (2007) Interfaces: Toward a New Generation of Systemic Models in Family Research and Practice, *Family Process* 46:173-184
25. Varela, F., Thompson, E. & Rosch, E. (1993) *De Cuerpo Presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*, Barcelona: Editorial Gedisa
26. Varela, F. (1996) *Ética y acción*, Santiago de Chile: Dolmen Ediciones
27. Varela, F. (1998) Las múltiples figuras de la circularidad, en *La terapia Familiar en Transformación* (1998) Mony Elkaim (comp.) Barcelona: Ediciones Paidós
28. Varela, F. (2000) *El Fenómeno de la Vida*, Santiago de Chile: Ediciones Dolmen.
29. Varela F y Maturana, H (1970) Time courses of excitation and inhibition in the vertebrate retina. *Experimental Neurology* 26:53-59
30. Maturana, H. y Varela, F. (1982) Color-opponent responses in the avian geniculate: A study in the quail (*Coturnix coturnix japonica*), *Brain Research*. 247:227-241 [Medline]
31. Varela, F., Marín G., Letelier, J.C. y Maturana, H.(1983) The neurophysiology of avian color vision. *Archivos de Biología y Medicina Experimentales* 16:291-303[Lilacs]
32. Budnik, V., Mpodozis, J., Varela, F. y Maturana, H.(1984) Regional specialization of the quail retina: Ganglion cell density and oil droplet distribution. *Neuroscience Letters*. 51:145-150
33. Varela, F., Toro, A., John er y Schwartz, E. (1981) Perceptual framing and cortical alpha rhythms. *Neuropsychologia* 19:675-686
34. Gho, M. y Varela, F. (1989) Quantitative assesment of the dependency of the visual perceptual frame on the cortical alpha rhythm. *Journal de Physiologie* 83:95-101
35. Varela, F. y Singer, W. (1987) Neuronal dynamics in the visual cortico-thalamic pathway as revealed through binocular rivalry. *Experimental Brain Research* 66:10-20
36. Vaz, N. y Varela, F. (1978) Self and non-sense: An organism- centered approach to immunology. *Medical Hypothesis* 4:231-267.
37. Varela, F., Coutinho, A., Dupire, B. y Vaz, N. (1988) Cognitive networks: Immune, neural, and otherwise. In: A.Perelson (Ed.), *Theoretical Immunology, Part II*, (SFI Series on the Science of Complexity), Addison-Wesley, New Jersey, pp.359-375
38. Varela, F., Sánchez—Leighton, V. y Coutinho, A. (1988) Adaptive strategies gleaned from immune networks: Viability Theory and Classifier systems, in: B.Goodwin and P.Saunders (Eds.), *Theoretical Biology: Epigenetic and Evolutionary Order* (A Waddington Memorial Conference), Edinburgh University Press, pp.112-123
40. Varela, F. y Cohen, A. (1989) Le corps evocateur: une relecture de l'immunité. *Nouvelle Revue de Psychanalyse* N40, 1989, pp.193-213
41. Varela, F. y Coutinho, A. (1989) Immune Networks: Getting on to the real thing. *Research In Immunology* 140:837-845
42. Varela, F. y Stewart, J. (1990) Dynamics of a class of immune networks. I. Global stability of idiotypic interactions. *Journal of Theoretical Biology* 144:93-101

43. Le-Van-Quyen, M., Martinerie, J., Varela, F. (1999) Spatio-temporal dynamics of epileptogenic networks. In: Peter Grassberger and Klaus Lehnertz (Eds.), *Chaos in the Brain*, pp. 86-96, World Scientific
44. Baulac, M., Le-Van-Quyen, M., Martinerie, J., Clemenceau, S., Adam, C., Varela, F. (1999) Pre-ictal changes of the EEG dynamics in epileptic patients: clinical and neurobiological implications. In: Peter Grassberger and Klaus Lehnertz (Eds.), *Chaos in the Brain*, pp.77-86, World Scientific, 1999
45. Varela, F. (1995) Resonant Cell Assemblies: A new approach to cognitive functions and neuronal synchrony. *Biol Res* 28:81-95
46. Watzlawick, P., Weakland, J. y Fisch, R. (1976) *Cambio*, Barcelona: Editorial Herder.
47. Weber, A. y Varela, F. (2002) Life after Kant: Natural purposes and the autopoietic foundations of biological individuality, *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 1: 97–125
48. Zlachevski, A. (2003) Psicoterapia sistémica centrada en narrativas: una aproximación, *Revista Límite* n° 10, pp 47-64

IV. Bibliografía Complementaria

1. Letelier, J. C. (2001) Los derroteros científicos de Francisco Varela (1946-2001). *Biol. Res.*, vol.34, no.2, p.7-13.
2. Thompson, E. (2004) Life and mind: From autopoiesis to neurophenomenology. A tribute to Francisco Varela, *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 3: 381–398, 2004
3. Thompson, E. (2001) Francisco J. Varela (1946–2001). Tribute by Evan Thompson. *Journal of Consciousness Studies*, **8**, No. 8, pp. 66–69
4. Marks-Tarlow, T, Robertson, R. y Combs, A. (2002) Varela and the Uroborus: The psychological significance of reentry *Cybernetics & Human Knowing* 9 (2): 11-29
5. Varela, F. J. (1979) *Principles of Biological Autonomy*. New York: Elsevier/North-Holland.
6. Varela, F. J. (1988) El círculo creativo. Esbozo histórico-natural de la reflexividad, en *La Realidad Inventada* (1988) Watzlawick, P. (comp.) Buenos Aires: Editorial Gedisa
7. Varela, F. J. (1989) Reflections on the Circulation of Concepts between a Biology of Cognition and Systemic Family Therapy, *Family Process* 28:15-24
8. Varela, F. J. (1990) *Conocer*, Barcelona: Editorial Gedisa
9. Varela, F. J. (1991) Organism: a meshwork of selfless selves. In: A. I. Tauber (ed), *Organism and the Origins of Self*. Dordrecht: Kluwer.
10. Varela, F. J. (1992) Autopoiesis and a Biology of Intentionality, McMullin, B. and Murphy, N. (eds.) *Autopoiesis & Perception*, pp 1-14
11. Varela, F y Dupuy, J-P (1994) Circularidades creativas: para la comprensión de los orígenes, en *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo* (1994) Watzlawick, P. y Krieg, P. (comps.) Barcelona: Editorial Gedisa
12. Weber, A. (2001) The ‘surplus of meaning’. Biosemiotic aspects in Francisco J. Varela’s philosophy of cognition, *Cybernetics & Human Knowing* 9 (2): 11-29
13. Weber, A. (2002) Feeling the signs: The origins of meaning in the biological philosophy of Susanne K. Langer and Hans Jonas, *Sign Systems Studies* 30.1